

Ventana

La experiencia Planapuig

Se ha puesto tantas veces en duda la posibilidad de nuevos valores, que en muchas ocasiones casi se ha extendido la papeleta de defunción (teórica, claro está) a nuestro arte vernáculo. Laborando aisladamente cada uno de nuestros pintores, bien pocos estímulos han cosechado capaces de catapultarlos hacia sendas coronadas por el éxito. Cada cual ha tenido que intentar, mantenerse y esforzarse individualmente en el empeño. Ni el ambiente, ni las coyunturas han sido de las que podríamos llamar bien propicias para remontarse y llegar a las metas codiciadas por todo artista.

Y en Olot hay muchos artistas. Y hay revelaciones y, también, posibilidades de serlo. Si la posición influyente y colectiva fuese, por encima de todo y en todo, auténticamente promotora, a no dudar que nos encontraríamos en esta segunda mitad de nuestro siglo XX con un palenque de artistas situados en una línea de proyección muy distinta por su notoriedad y sus derivaciones.

A pesar de ello, estas individualidades tenaces y dotadas llegan a triunfar por sí solas en algunos casos. He aquí, hoy, el de Planapuig. Ahora todos nos damos cuenta, a través de la por todos conceptos triunfante Exposición que estos días nos ofrece, de la categoría del artista y su obra, del magnífico nivel alcanzado con sus dibujos en negro y en color capaces de resolver, con una agilidad constructiva y de contrastación plástica admirables, las más difíciles temáticas. Todos nos quedamos estupefactos de la asombrosa capacidad para interpretar la figura humana, los objetos y los más disparos elementos que a la vista del observador pueden darse, de que hace gala Planapuig con su juego genial en el choque negro blanco o en la diaquisición cromática. Y todos, ahora, reconocemos el alto nivel artístico que alcanza y promete Planapuig añadiendo de refilón: ¡qué lástima no se revelara antes! ¡cuánto tiempo y posiciones habría ganado!...

Y es esta última exclamación la que nos preocupa porque la experiencia Planapuig la vemos concretada, también, en otros valores locales para los que la auténtica labor o asistencia promocionadora es toda una deuda patria que tenemos por saldar.

SOBRE LA TEORIA "CAMP"

En torno a este tema de tanta actualidad y que tanto se lleva, nos acaba de formular unos interesantes conceptos el novelista Tomás Salvador. «Lo camp, en principio —nos dice— venía a significar lo que antes se llamaba *cursi*, pero dicho con cierta ternura, cierta ironía de buena ley. Significa reverdecer, renacer, resucitar lo viejo, lo pueril, lo que decenios atrás estuvo de moda y se pasó de rosca o no llegó a enroscar: los trajes estilo Bonny and Clyde, el pañuelo de Reverte, las canciones de Machín, las películas de Jaimito, el estilo modernista, los quinqués de petróleo, los discursos de Mussolini, los orinales de plata, los velocípedos, las novelas de Pedro Mata, los coches viejos. En suma, el arte *Pop* mismo, abigarrado y rompecabezas, neo-modernista y tapavejero, mini y maxi, chabacano y audaz, conservador y contestatario». Y políticamente opina Tomás Salvador: «lo camp es los posters de Che Guevara, los de Hitler y Mussolini, el libro rojo de Mao, la cara de Martín Lutero King, los desnudos de Magera, las cartas de Negrín, los artículos de Debray...»

Pare él la teoría «camp» es equivalente de «campo de ideas» donde encuentra fondo o sustancia la imaginación. O sea: capacidad, amplitud, anchura, extensión o espacio en que cabe alguna cosa, tanto en el sentido recto como en el figurado. «En desuso —añade— pero magníficamente expresivo, «campo» significó bando o partido, todavía en nuestra guerra se decía que militaba en el campo nacional o el campo rojo».

Y veamos sus últimas palabras al respecto: «Lo camp es sólido. Lo aleatorio es su aplicación. Ante un orinal, un niño hace pipí, un artista mete sus pinceles, un inglés se lo pone por sombrero, un alemán bebe cerveza en él, y Carandell lo saca en su «Celtiberia Show». Personalmente, me sirve de cenicero».

Bien; alguna idea tenemos de «camp». ¿No?

UNA NOTICIA CON PUNTO Y SEGUIDO

En la prensa diaria de 25 de Marzo pasado, leíamos: «Granada: las corporaciones municipales se sentarán con el pueblo en los cultos de la Semana Santa». Como un paso real hacia la separación que debe existir entre la Iglesia y el Estado, ha sido interpretada, en círculos eclesiásticos de la ciudad, la actitud del arcipreste de Motril de no destinar sitio especial en la Iglesia a la Corporación Municipal durante los cultos de Semana Santa. El vicario de la archidiócesis de Granada, ha declarado que la decisión comunicada por el arcipreste al Ayuntamiento, fue tomada colegialmente por todos los párocos del lugar y ha precisado que la parroquia no puede conceder privilegios al Alcalde o Concejales sobre los demás fieles».

Indudablemente, el punto de partida de la noticia nos parece idóneo. Sin embargo, creemos que este «paso real» hacia la separación Iglesia-Estado a quien le conviene más darlo es a este último y, pese a ello, no resultará nada incómodo para él que la iniciativa parta de quien más pueda perder en el juego. No en vano es juego entre caballeros y ser muy caballero supone, a veces, cargarse de razón.